

SYLVIA NASAR

Autora de

UNA MENTE MARAVILLOSA

LA GRAN
BÚSQUEDA

Una historia del pensamiento económico

La gran búsqueda

Sylvia Nasar

Traducción de
Zoraida de Torres Burgos

www.megustaleer.com

Para mis padres

Prefacio

Las nueve décimas partes de la humanidad

La experiencia que [las naciones] tienen de la prosperidad es extraordinariamente escasa. Casi todas, a lo largo de la historia, han sido muy pobres.

JOHN KENNETH GALBRAITH, *La sociedad opulenta*, 1958¹

En una Miseria de esta índole, aceptando que existen algunos Consuelos, si bien son muy pocos, nueve décimas Partes de todo el Género Humano viven con grandes penalidades.

EDMUND BURKE, *Vindicación de la sociedad natural*, 1756²

La idea de que la humanidad puede controlar sus circunstancias materiales y vencer así la penuria económica es tan nueva que Jane Austen nunca llegó a planteársela.

Pensemos en la opulenta sociedad georgiana que conoció la autora de *Orgullo y prejuicio*. Como ciudadana de un país cuya riqueza «suscitaba el asombro, la admiración y tal vez la envidia del mundo», su vida coincidió con aquel momento de triunfo sobre la superstición, la ignorancia y la tiranía que conocemos como la Ilustración europea.³ Jane Austen había nacido en el «escalón intermedio» de la sociedad inglesa, cuando «intermedio» significaba lo contrario de normal o habitual. Comparadas con el señor Bennett de *Orgullo y prejuicio* o incluso con la desventurada señora Dashwood de *Juicio y sentimiento*,⁴ las Austen eran más bien pobretonas. Aun así, su renta anual de 210 libras esterlinas superaba la del 95 por ciento de las familias inglesas de la época.⁵ A pesar de las «vulgares economías» que Jane se veía obligada a practicar para evitar «la incomodidad, la miseria y la ruina»,⁶ los miembros de su familia te-

nían propiedades, disponían de tiempo libre, podían elegir una profesión, estudiaban y tenían libros, papel y periódicos a su alcance. Ni Jane ni su hermana Cassandra se vieron obligadas a trabajar como institutrices (el temible destino que aguarda a Jane, la rival de Emma) o a casarse con un hombre al que no quisieran.

En palabras de una biógrafa, el abismo que separaba a las hermanas Austen de lo que se conocía como «clases ínfimas» de la sociedad era «absoluto e incontestable». ⁷ El filósofo Edmund Burke clamó contra la dura situación de los mineros, que «apenas ven la Luz del Sol; permanecen enterrados en las Entrañas de la Tierra, donde desempeñan una Labor severa y agotadora, sin la menor Perspectiva de liberarse de ella; subsisten con un Rancho basto y de la peor calidad; su Salud se ve miserablemente perjudicada, y sus Vidas terminan antes de tiempo». ⁸ Sin embargo, si pensamos en sus condiciones de vida, hasta esos «pobres diablos» se encontraban entre los miembros relativamente afortunados de la sociedad.

El inglés típico era jornalero agrícola. ⁹ Según el historiador de la economía Gregory Clark, sus condiciones de vida no eran mucho mejores que las de un esclavo romano. Vivía en una casa con una única estancia, oscura y llena de humo, que compartía día y noche con su mujer, los niños y los animales; la única fuente de calor era un sucio fuego de leña; poseía una sola muda de ropa; solo podía desplazarse a donde pudiera llegar a pie; sus únicas distracciones eran el sexo y la caza furtiva; no recibía atención médica, y muy probablemente era analfabeto. Sus hijos se ocupaban de vigilar las vacas o de espantar los cuervos hasta que tenían edad suficiente para «entrar a servir».

En las buenas épocas, el inglés medio se alimentaba básicamente de trigo y cebada en forma de pan o de gachas. Hasta las patatas eran un lujo fuera de su alcance. («Están muy bien para ustedes, los señores terratenientes, pero su cultivo debe ser terriblemente costoso», le dijo la mujer de un arrendatario a la madre de Jane Austen.) ¹⁰ Según las estimaciones de Clark, el trabajador agrícola británico consumía una media de mil quinientas calorías diarias, un tercio

menos de lo que se consume en las actuales tribus de cazadores-recolectores de Nueva Guinea o del Amazonas.¹¹ Aparte de esta escasez crónica de alimento, las extremas fluctuaciones en el precio del pan podían llevarlo a morir de inanición. Las tasas de mortalidad del siglo XVIII acusaban claramente las malas cosechas y la inflación de las épocas de guerra.¹² Pese a todo, el inglés típico vivía mejor que su homólogo francés o alemán, hasta el punto de que Burke podía asegurar a sus lectores ingleses que «con todos sus horrores y bajezas, la esclavitud que tenemos en nuestra tierra no es nada comparada con lo que el resto del mundo conoce en este Ambiente».¹³

Se imponía la resignación. El comercio y la revolución industrial habían acrecentado la prosperidad de Gran Bretaña, tal como había predicho en 1776, en *La riqueza de las naciones*, el filósofo escocés Adam Smith. Pese a todo, ni siquiera los más progresistas veían posible contrarrestar la condena divina que pesaba sobre la gran masa de la humanidad, obligada a vivir en la pobreza y a obtener el alimento «con fatiga [...] todos los días de tu vida». La divinidad o la naturaleza marcaban la posición social de cada persona. Cuando moría una criada o un criado leal, se le alababa por «haber cumplido los deberes de la posición que Él ha tenido a bien adjudicarle en este mundo».¹⁴ En la época georgiana, el reformista Patrick Colquhoun se sintió obligado a precisar, en el prólogo de su radical proclama en favor de una educación pública, que no quería decir que los hijos de los pobres debieran «ser educados de un modo que eleve su intelecto por encima del puesto que están destinados a ocupar en la sociedad», no fuera a ser que «aquellos que están destinados a desempeñar ocupaciones laboriosas y a conocer una situación inferior en la vida» empezaran a rebelarse.¹⁵

En el mundo de Jane Austen, todo el mundo sabía qué lugar le correspondía y a nadie se le ocurría ponerlo en cuestión.

Tan solo cincuenta años después de la muerte de la escritora, aquel

mundo había experimentado una transformación absoluta, y no solo por el «avance extraordinario en la riqueza, el lujo y el refinamiento en el gusto»¹⁶ o por la inesperada mejoría en el nivel de vida de aquellos que hasta entonces asumían su situación como irremediable. En las postrimerías de la época victoriana, el estadístico Robert Giffen recordaba a sus lectores que en tiempos de Jane Austen el salario diario medio ascendía a la mitad que en su época, y que hacía «cincuenta años las masas de trabajadores de todo el reino estaban periódicamente sujetos a las hambrunas». ¹⁷ Por primera vez, parecía que empezaba a moverse lo que durante siglos había estado paralizado. La cuestión no era ya si las condiciones de vida podían cambiar, sino en qué grado, a qué ritmo y con qué resultados cambiarían. Empezaba a aceptarse que estos cambios no eran solo producto del azar o de la suerte, sino que podían deberse a la intencionalidad, la voluntad y el conocimiento humanos.

La idea de que el hombre es hijo de sus circunstancias, y de que esas circunstancias no son algo predeterminado, inmutable o inmune a la intervención humana, constituye uno de los descubrimientos más radicales de todos los tiempos. Por una parte, ponía en cuestión la creencia de que la humanidad estaba sujeta a los dictados de Dios y de la naturaleza; además, implicaba que el hombre, si disponía de nuevas herramientas, podía hacerse cargo de su propio destino y, por último, ya no inducía a la resignación y al pesimismo sino a la actividad y la alegría. Antes de 1870, la teoría económica se ocupaba básicamente de lo que no se podía hacer; a partir de 1870, se centró básicamente en lo que sí se podía hacer.

«El deseo de poner a la humanidad a las riendas de su destino es la principal motivación de la mayoría de los tratados de economía», escribió Alfred Marshall, padre de la economía teórica moderna. Las posibilidades económicas, más que las espirituales, políticas o militares, conquistaron la imaginación popular. Muchos intelectuales victorianos, obsesionados con la economía, aspiraban a publicar alguna obra memorable en este campo. Inspirados por los avances de las ciencias naturales, se propusieron diseñar un instrumento útil

para investigar el «muy complejo y poderoso mecanismo social» que, además de una prosperidad material sin precedentes, estaba creando todo un mundo de nuevas oportunidades. Al final, la nueva ciencia económica acabaría transformando la vida de todos los habitantes del planeta.

El libro que el lector tiene en sus manos no es tanto una historia del pensamiento económico como la crónica de una idea surgida en la época dorada anterior a la Primera Guerra Mundial: una idea que las dos grandes guerras, la ascensión de los gobiernos totalitarios y la Gran Depresión de los catastróficos años de entreguerras pusieron en tela de juicio, pero que tras la Segunda Guerra Mundial conoció un segundo esplendor.

Alfred Marshall calificó la economía moderna de «organon», palabra griega que significa herramienta, para indicar que más que un conjunto de verdades era un «motor de análisis» diseñado para alcanzar la verdad y, como la propia palabra indica, un instrumento que nunca sería absolutamente perfecto sino que requeriría continuas mejoras, adaptaciones e innovaciones. Uno de sus discípulos, John Maynard Keynes, consideraba la economía un «aparato de la mente» cuyo cometido, como cualquier otra ciencia, era analizar el mundo moderno y aprovechar al máximo sus posibilidades.

Para protagonizar este libro he elegido a personas que tuvieron un papel crucial a la hora de convertir la economía en un instrumento de conocimiento. Se trata de hombres y mujeres con «la cabeza fría pero con calidez de corazón»,¹⁸ que contribuyeron a dar forma al «motor» de Marshall e introdujeron innovaciones en el «aparato de la mente» keynesiano. Personajes que, apoyándose en su experiencia, su personalidad y su talento, se enfrentaron a las circunstancias de su lugar y de su época planteando nuevas preguntas y proponiendo nuevas respuestas. He escogido figuras que han conformado la historia de la ciencia económica, desde el Londres de la década de 1840 hasta la Calcuta de principios del siglo XXI, pasando

por diferentes países y momentos. En todos los casos he intentado describir qué veían cuando contemplaban su mundo y entender qué les motivaba, qué les intrigaba, qué les inspiraba. Todos estos pensadores buscaron un instrumento intelectual que permitiera resolver lo que Keynes denominó «el problema político de la humanidad: cómo combinar tres principios: la eficiencia económica, la justicia social y la libertad individual». ¹⁹

Roy Harrod, el primer biógrafo de Keynes, cuenta que esta figura proteica veía a los artistas, los escritores, los coreógrafos y los compositores como «los custodios de la civilización», mientras que a los teóricos de la economía, como él mismo, les atribuía un papel más humilde pero no menos necesario: ser «los custodios, no de la civilización, sino de la posibilidad de civilización». ²⁰

Gracias en buena parte a estos custodios, la idea de que las nueve décimas partes de la humanidad podían salvarse del destino ancestral que les estaba reservado se asentó en el Londres victoriano; y desde allí, esta idea se extendió como las ondas en la superficie de un estanque hasta transformar las sociedades de todo el mundo.

Todavía hoy sigue extendiéndose.

Acto primero

ESPERANZA

Prólogo

El señor Popular frente a Scrooge

Eran unos años terribles.

En junio de 1842, cuando Charles Dickens regresó de su triunfante gira por Estados Unidos, el espectro del hambre asolaba Inglaterra.¹ Tras una sucesión de malas cosechas, el precio del pan se había duplicado. Las ciudades estaban atestadas de inmigrantes de origen rural en busca de trabajo, o por lo menos de caridad. La industria algodonera sufría una fuerte caída desde hacía cuatro años y los obreros en paro no tenían más remedio que recurrir a la asistencia pública o a comedores sociales abiertos por particulares. El crítico social Thomas Carlyle, de tendencia conservadora, advirtió sombríamente: «Siendo imposible la vida a las multitudes. [...] Es evidente que la nación camina hacia el suicidio».²

Dickens, firme partidario de la educación, la libertad civil y religiosa y el derecho al voto, asistió con consternación al recrudecimiento del odio entre clases.³ En agosto, una protesta en una factoría de algodón degeneró en enfrentamientos violentos. A los pocos días el conflicto había desembocado en una huelga general en defensa del sufragio universal masculino, instigada por los líderes del movimiento en favor de la «Carta del Pueblo».⁴ Los cartistas llevaron a la calle la principal reivindicación de los radicales, que representaban a la clase media en el Parlamento: un hombre, un voto. De inmediato, el gobierno del primer ministro conservador Robert Peel envió tropas de soldados contra los grupos de agitadores. Los huelguistas empezaron a replegarse en las fábricas, pero Carlyle, autor de una historia de la Revolución francesa que Dickens releyó incontables veces, advirtió sombríamente: «La revuelta, el hosco y vengativo humor de la

revuelta contra las clases altas [...] es cada vez más el espíritu universal de las clases bajas». ⁵

En los relumbrantes salones londinenses donde damas y caballeros se disputaban su compañía, las simpatías republicanas de Dickens destacaban tanto como sus estridentes corbatas. Tras coincidir por primera vez con aquel treintañero que había causado sensación en el mundillo literario, Carlyle lo describió desdeñosamente como «un tipo recio y bajo, realmente bajo», y añadió con malicia: «Viste más a la D'Orsay que adecuadamente», comparando su forma de vestir con la del escandaloso conde francés. ⁶ Al leer esta descripción, el mejor amigo de Carlyle, el filósofo radical John Stuart Mill, pensó en un revolucionario jacobino con «un rostro de sórdida bribonería en el que irradiaba el talento». ⁷ En las cenas elegantes, el «levantamiento» cartista suscitaba acaloradas discusiones. Carlyle apoyaba al primer ministro, que insistía en la necesidad de adoptar medidas contundentes para evitar que los radicales explotaran la situación y aseguraba que los auténticos desfavorecidos ya recibían ayudas. Dickens, quien en alguna ocasión había jurado que «por ver a Carlyle, iría en cualquier momento a donde no iría por ningún otro hombre vivo», ⁸ sostenía sin embargo que, tanto por prudencia como por justicia, el gobierno debía proporcionar ayudas a los desempleados en condiciones de trabajar y a sus familias.

En la década de 1840, conocida en Inglaterra como «la década del hambre», renació un debate que había arrasado en la época de las guerras napoleónicas, entre 1799 y 1815. El motivo era la polémica «ley de la población» propugnada por el reverendo Thomas Robert Malthus. Contemporáneo de Jane Austen y primer catedrático de economía política de Inglaterra, Malthus era un pastor anglicano tímido y bonachón, con un labio leporino y un incisivo talento matemático. Cuando era el coadjutor de una parroquia rural había sido testigo de las penurias que causaba el hambre. Según la Biblia, la culpa era de la pecaminosidad innata de los pobres, mientras que

los filósofos franceses de moda, como el marqués de Condorcet, amigo del padre de Malthus, las achacaban al egoísmo de los ricos. Malthus no encontraba convincente ninguna de estas explicaciones, por lo que se propuso buscar otra mejor. Su *Ensayo sobre el principio de la población*, publicado en 1798 y reeditado cinco veces más hasta la muerte de su autor en 1834, fue una fuente de inspiración para Charles Darwin y otros pioneros de la teoría de la evolución y llevó a Carlyle a calificar la economía de «ciencia lúgubre». ⁹

Lo que Malthus trató de explicar era el hecho de que, en las sociedades de todas las épocas, incluida la suya, «nueve décimas partes de todo el género humano» se vieran condenadas a una abyecta miseria y un trabajo penoso. ¹⁰ El habitante medio del planeta vivía en la inanición o corría el riesgo de morir de hambre. Podía haber años buenos y años malos, regiones más ricas o más pobres, pero el nivel de vida nunca se alejaba demasiado de la mera subsistencia.

En su intento de responder a la pregunta eterna, «¿por qué?», el apacible clérigo se anticipó a Darwin y hasta a Freud. Según su argumentación, la sexualidad era la culpable de esta situación. Ya fuera por haber observado las duras condiciones de vida de sus parroquianos, o por la influencia de los naturalistas, que empezaban a estudiar al hombre como a cualquier otro animal, o bien por la llegada de su séptimo hijo, Malthus llegó a la conclusión de que el afán de reproducirse era más fuerte que cualquier otro instinto o capacidad del ser humano, incluidas la racionalidad, la inventiva, la creatividad y hasta la religiosidad.

Partiendo de esta novedosa premisa, Malthus dedujo que la población humana tiende siempre a crecer más deprisa que los alimentos a su alcance. Su argumento era engañosamente sencillo: supongamos que una población dada dispone de reservas de alimentos suficientes para mantenerse. Este feliz equilibrio no puede durar más de lo que duró la permanencia de Adán y Eva en el Paraíso, puesto que la pasión animal impulsará a hombres y mujeres a casarse antes y a tener más hijos. Sin embargo, a corto y medio plazo, los alimentos disponibles se mantendrán en una cantidad similar; como

resultado, las reservas de cereales y otros productos básicos que antes bastaban para mantener viva a toda la población no tardarán en ser insuficientes. Malthus llegaba a la siguiente conclusión: «Así, los pobres tienen que vivir peor».¹¹

Como en cualquier economía donde las empresas deben competir por los clientes y los trabajadores por los puestos laborales, la expansión de la población implicaba que habría más hogares compitiendo por los alimentos existentes y más trabajadores compitiendo por los empleos. La competencia comportaría una rebaja de los salarios, y a la vez impulsaría un alza de los precios. Por su parte, el nivel de vida medio (la cantidad de alimentos y otros bienes básicos disponibles para cada persona) descendería.

En cierto momento, los cereales llegarían a ser tan caros y la mano de obra tan barata que la dinámica se invertiría por sí sola. Al descender el nivel de vida, hombres y mujeres volverían a posponer el matrimonio y a reducir el número de hijos. Al disminuir la población, los precios de los alimentos bajarían porque habría menos hogares compitiendo por la comida disponible, y los salarios subirían porque habría menos trabajadores compitiendo por los empleos. Al final, cuando las reservas de alimentos y la población regresaran al punto de equilibrio, las condiciones de vida recuperarían el nivel anterior. Es decir, esto es lo que sucedería si la naturaleza no acelerase el proceso movilizándolo al «gran ejército de la destrucción»¹² (la guerra, la enfermedad y el hambre), como sucedió por ejemplo en el siglo XIV, cuando la peste negra acabó con millones de vidas y la proporción relativa entre población y reservas de alimentos se equilibró.

Lo trágico es que este nuevo equilibrio tampoco puede durar más que el original. Tal como observó tristemente Malthus: «Cuando ya es de nuevo tolerable la situación del trabajador [...] se repiten los mismos movimientos retrógrados y progresivos en lo que respecta al bienestar de los habitantes».¹³ Tratar de elevar el nivel de vida medio es imitar a Sísifo empujando la piedra a lo alto de la monta-

ña. Cuanto más deprisa se acerca a la cima, antes desencadena la reacción que vuelve a mandar la piedra pendiente abajo.

Según Malthus, cualquier intento de eludir la ley de la población estaba condenado al fracaso. Los obreros que reclamasen salarios superiores a los del mercado no encontrarían trabajo. Los empresarios que pagaran a sus empleados más que sus competidores perderían a sus clientes, ya que los costes laborales más altos les obligarían a subir los precios de sus productos.

Para los victorianos, la implicación más polémica de la ley de Malthus era que la beneficencia podía incrementar el sufrimiento que supuestamente trataba de aliviar, lo cual iría contra el mandamiento cristiano «Amarás al prójimo como a ti mismo».¹⁴ De hecho, Malthus se mostró muy crítico con el sistema inglés de asistencia social, que establecía pocos requisitos para acceder a las ayudas, porque según él recompensaba a los ociosos y no a los laboriosos. La ayuda era proporcional al tamaño de la familia, lo que de hecho incentivaba los matrimonios tempranos y el número excesivo de hijos. Los contribuyentes, tanto conservadores como liberales, encontraron tan convincente el argumento de Malthus que en 1834 el Parlamento aprobó prácticamente sin oposición una nueva Ley de Pobres que limitaba la asistencia pública a quienes aceptaran ingresar en un hospicio parroquial.

«Por favor, señor, quiero un poco más.» Como descubre Oliver Twist tras pronunciar esta famosa súplica, un hospicio era básicamente una cárcel en la que hombres y mujeres vivían separados por sexos, desempeñaban trabajos penosos y estaban sometidos a una férrea disciplina, todo por poder dormir a cubierto y recibir «tres comidas de gachas lavadas al día, con una cebolla dos veces por semana y medio bollo los domingos».¹⁵ El rancho de los hospicios era seguramente mejor que la magra dieta descrita por Dickens en su novela, pero es indudable que estas instituciones eran una de las injusticias más terribles a las que se veía sometida la clase obrera.¹⁶ Como muchos otros liberales y reformistas de la clase media, Dickens consideraba moralmente reprobable y políticamente suicida